

# MIRET MAGDALENA

## ¿SERES VIVOS EN OTROS MUNDOS?

Los periódicos hablan de ello, las conferencias y mesas redondas se multiplican y los libros se agotan rápidamente. Y el tema de todas estas informaciones es uno solo: ¿existen otros mundos habitados?

Esos posibles seres que piensan, procedentes de otros planetas, son objeto de discusión insistente y apasionada en todos los ambientes populares o científicos. Los investigadores se preguntan: ¿pueden existir estos seres inteligentes más allá de nuestra Tierra? Y, si existen, ¿cómo serán? Los hombres religiosos, en particular los cristianos, se plantean además otra cuestión: su fe, ¿les impide creer en esta posibilidad?

Al término del siglo pasado y principios de éste, cuando se hicieron los grandes descubrimientos astronómicos y se sistematizaron científicamente con arreglo a las nuevas teorías de la física moderna, surgió la pregunta como una de las cuestiones en la que la fe y la ciencia podían oponerse.

Cosa extraña que algunos no creyentes así lo pensasen, porque no he podido encontrar en mis lecturas ni un solo pensador católico importante que niegue, en nombre de la fe, esta posibilidad.

Fue sobre todo, hace medio siglo, un religioso y astrónomo, el Padre Ortolan, quien más hizo por despejar este extraño malentendido que carecía de toda base.

El fue el primero que descubrió que numerosos escritores católicos de los siete primeros siglos de la Iglesia —los llamados Santos Padres— «habiendo estudiado la cuestión de la habitabilidad de los astros, o la pluralidad de mundos habitados, no han creído hallarla en contradicción con la fe cristiana» (Th. Ortolan, O. M. I.; *Las Humanidades astrales y la Encarnación de Dios en la Tierra*).

Rebuscando este teólogo infolios de todos los pensadores católicos, Concilios y Actas pontificias o de la Curia romana, no pudo encontrar ninguna que condenase la tesis de la pluralidad de los mundos habitados en nombre de la religión católica. Y, después de él, no he podido hallar ninguna referencia contraria más moderna.

Sin embargo, cita a un científico no creyente que aseguraba entonces, con la mayor tranquilidad y sin fundamento alguno, que «jamás querrán los católicos admitir la existencia de habitantes en los cuerpos celestes, porque esta tesis está condenada por su religión».

¿De dónde vino esta apriorística afirmación? No lo sabemos; pero, sin duda, puede pensarse que procede de la ignorancia religiosa de algunos creyentes timoratos que, ante cualquier novedad, reaccionan negativamente a las especulaciones inocentes de algún científico sobre cualquier nueva posibilidad, como esta de la pluralidad de los mundos habitados.

Quizá ninguno mejor que el Cardenal Nicolás de Cusa se hizo defensor, ya en el siglo XV, de dos tesis bien modernas: que la Tierra se movía alrededor del Sol, contra la opinión común entonces, que tanta tinta ha hecho correr después con el caso Galileo, y, además, sostenía —y esto es lo que ahora nos interesa— que existía una pluralidad de mundos habitados.

Y a ninguno de los tres Papas —Eugenio IV, Nicolás V y Pío II— que le encargaron delicadas y numerosas misiones, se le ocurrió criticarle por estas opiniones; sino que, por el contrario, lo tuvieron por representante suyo de toda confianza.

Sin embargo, habría que preguntarse si puede surgir al-

gún problema religioso —no conflicto entre ciencia y religión, que eso no es posible— por el hecho de que hubiera seres racionales en otros planetas o astros.

Los teólogos, desde los primeros siglos del cristianismo, se los han planteado; y quedan reducidos a dos. Esos seres racionales extraterrestres, ¿necesitan de la redención que creemos los creyentes que Jesús trajo a la Tierra?, y la segunda pregunta es: ¿pudo encarnarse Dios en otros astros, teniendo otro cuerpo, además del que tuvo Jesús en la Tierra?

San Pablo —según el teólogo Ortolan—, y adelantándose en esto a lo que piensan hoy casi todos los teólogos católicos, dice que Jesús quiso restaurar, con la redención cristiana, todo lo que está en la Tierra y en los Cielos. Y, ¿no querrá esto decir —se pregunta— «que los beneficios de la redención, que en la Tierra tuvo lugar, se extienden mucho más allá de los estrechos límites de nuestro pequeño mundo?»

Para este teólogo, la liturgia católica «parece favorecer esta interpretación». Porque en uno de los himnos litúrgicos del catolicismo se dice frecuentemente que la sangre derramada por el Salvador, que creen los cristianos que regeneró la Tierra, sirvió también para regenerar «los astros y el mundo».

Estos textos «son más favorables que contrarios» a la tesis de la pluralidad de los mundos habitados, y sus habitantes —si existen— estarían —por esta causa— bajo el benéfico influjo religioso de Cristo.

Esta posibilidad es la que ha sostenido el Padre Daniel O'Connor, S. J., director del Observatorio Astronómico Vaticano, diciendo que «sería precipitado y presuntuoso negar la existencia de vida racional en otros planetas» (J. A. O'Brien, *A hundred common questions about Catholic Faith*). «Se puede decir que hay en el Universo millones de estrellas con familias de planetas, similares a los nuestros, en alguno de los cuales pudiera ser posible la vida» (o. c.).

Por eso debemos concluir, con el teólogo actual Cl. Chopin: «Cristo, una vez resucitado, es —para el creyente— Señor de la Creación toda entera, y ninguna razón hay para limitar su acción a esta Tierra en que vivimos; aunque no sabemos cómo la ejerce en otros mundos habitados (suponiendo que existan)» Cl. Chopin, *El Verbo encarnado y redentor*, Ed. Herder).

El segundo problema, que puede plantearse al que es creyente, es la posible encarnación de la divinidad en otros mundos habitados, en forma análoga a como Jesús lo hizo en la Tierra. Este es un problema que no puede ser resuelto definitivamente, sino en forma hipotética nada más, ya que en la Revelación cristiana el católico no puede encontrar ningún dato concreto para dirimir la cuestión. Pero Cl. Chopin afirma claramente —y con él estamos conformes— que «no parece que deba excluirse a priori tal hipótesis». Y se basa este autor en el pensador católico más tradicional, Santo Tomás de Aquino, quien dice en su *Suma de Teología*: «No se puede decir con tanta exclusividad que la persona divina haya asumido sólo una naturaleza humana, de modo que no haya podido también asumir otra» (III, q. 3, a. 7).

Vemos que el cristianismo no se opone a la hipótesis de que haya seres extraterrestres que sean racionales. Como tampoco puede oponerse a la opinión de que la vida —de cualquier clase que sea— pueda existir en otros astros, planetas o estrellas. La religión cristiana no nos enseña cómo funciona el cielo material, ni dice nada de sus características, sino cómo se salva el hombre por el amor universal y sincero.